

TETSURO WATSUJI

**ANTROPOLOGÍA
DEL PAISAJE**

Climas, culturas y religiones

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2006

Esta obra ha sido publicada con ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura de España

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujeron del japonés Juan Masiá y Anselmo Mataix

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2006
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1621-4
Depósito legal: S. 1193-2006
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2006

CONTENIDO

<i>Prólogo de los traductores</i>	9
---	---

ANTROPOLOGÍA DEL PAISAJE

<i>Prólogo del autor a la primera edición</i>	17
1. FILOSOFÍA DEL PAISAJE	21
1. Fenomenología cultural del paisaje	23
2. Condicionamiento ambiental de la vida humana ..	31
2. TRES TIPOS DE CLIMA	43
1. Monzón	45
2. Desierto	66
3. Dehesa	87
3. PECULIARIDAD MONZÓNICA	151
1. China	153
2. Japón	168
4. ARTE, PAISAJE Y CULTURA	207
<i>Apéndice: La ética como antropología</i>	247

PRÓLOGO DE LOS TRADUCTORES

Juan Masiá y Anselmo Mataix

La primera traducción de esta obra del filósofo japonés Watsuji (1889-1960) al castellano la presentamos en 1973 y hace ya años que la edición está agotada. El comienzo de la década de los setenta coincidía con el interés por Unamuno y Ortega en Japón, ya que las obras selectas de ambos se estaban publicando en japonés por aquellas fechas. En cambio, en el mundo de habla castellana el interés por la cultura y pensamiento del país del sol naciente ha llegado con retraso. Hace tiempo que deseábamos publicar en versión revisada nuestra traducción de la obra clásica de Tetsuro Watsuji. Reconocemos, con todo, la dificultad del acercamiento a los pensadores japoneses, cuyo valor no siempre se aprecia debidamente a causa de la barrera lingüística que nos separa de su cultura.

En el caso de Watsuji (pronúnciese «Uá-tsu-dyi»), se aúnan el pensamiento filosófico y el esfuerzo hacia la sistematización con las dotes literarias de un escritor de rica expresividad y gran capacidad para la descripción. Los traductores hemos dudado a menudo entre acentuar la fidelidad al original, por exigencia del texto filosófico, o ampliar el margen de creatividad en la propia lengua, como pide la traducción de una obra literaria. Oscilando entre ambas opciones, la presente versión se permite una mayor libertad que la primera traducción. Esta vez hemos de agradecer, además, la revisión estilística del texto castellano, a cargo del escritor y periodista Emilio Masiá, que ya se interesó por la obra de Watsuji cuando visitó Japón en 1984 y desde entonces se ha

mantenido en contacto con las creaciones de esta cultura. Su aportación desde el castellano ha suplido las limitaciones que los años de estancia en Japón imponían a los traductores y hemos de agradecer el resultado de este apreciable trabajo en equipo.

El lector que conozca la lengua japonesa percibirá el atrevimiento de los traductores en algunos pasajes en que nos permitimos una mayor libertad creativa. Lo hemos hecho avalados por la orientación y la lectura de las obras de nuestro colega y maestro, el profesor Yasuo Yuasa, discípulo de Watsuji y primer especialista en su pensamiento. El caso más patente de interpretación es el título. Nuestra primera versión se tituló *El hombre y su ambiente*. Los traductores ingleses optaron por el título de *Climate and Culture*. Aquí, fieles al contenido de la obra y a su encuadre en el conjunto del pensamiento de Watsuji, hemos decidido titularla *Antropología del paisaje: climas, culturas y religiones*.

El original japonés lleva un título, *Fúdo*, compuesto de dos ideogramas: viento y tierra, que designa el clima, paisaje y cultura. El subtítulo era *Reflexión de antropología filosófica*. Creemos que la explicación fenomenológica del autor en su primer capítulo confirma nuestro título. La lectura de los capítulos siguientes avala el subtítulo, ya que el contenido abarca climas, culturas y religiones.

Es importante resaltar en esta presentación el carácter filosófico-antropológico del autor. Watsuji vivió la preocupación por lo humano desde su propia arraigo en la cultura japonesa y reflexionó sobre el sentido de la antropología filosófica desde ese contexto. La significación de este pensador para los japoneses es comparable, salvadas las distancias, con el influjo de Unamuno y Ortega en el ámbito iberoamericano. Cuando en 1912 se graduó en la Universidad Imperial de Tokio, sus aspiraciones le conducían al campo literario. Sus primeros escritos filosóficos trataron sobre

Nietzsche (1913) y Kierkegaard (1915). Fueron estudios que desempeñaron un papel pionero en la investigación japonesa sobre estos autores occidentales.

Conjugaba Watsuji su fuerte tendencia al personalismo ético con una búsqueda apasionada de la belleza. Volviendo la vista hacia la tradición oriental, a la vez estética y religiosa, se interesó por la imaginería budista, sobre la que escribió en *Peregrinación por los templos antiguos* (1919). Prestó especial atención a los estudios de antropología cultural sobre la antigüedad japonesa, motivado por la relación entre la historia de la cultura y la del pensamiento. La estancia en Kyoto, a partir de 1925, le proporcionó oportunidad para profundizar en temas clásicos, tanto orientales como occidentales. Cuando más tarde, en 1946, escribe sobre Homero, se percibe en su obra el influjo de la filología alemana. Pero en la década de los veinte su interés se centraba en el budismo primitivo.

El viaje y estancia en Europa fueron decisivos en su trayectoria intelectual, particularmente el aprendizaje con Heidegger. Lo refleja, en 1935, la obra que ahora presentamos. La publicación de este estudio sobre la antropología del paisaje y su proyección a través de climas, culturas y religiones, tuvo lugar justamente un año después de su paso desde Kyoto a la Universidad Imperial de Tokio. De 1937 a 1949 elaboró su obra principal, *Ética*, y en 1952 dio a la imprenta su *Historia del pensamiento ético japonés*. En 1937, todavía reciente *Ser y Tiempo* (1927) de Heidegger y *El puesto del hombre en el cosmos* (1928) de Scheler, obras con las que Watsuji se había familiarizado en Alemania, escribió *La ética como aprendizaje de lo humano* (1934). Esta obra, que fue incorporada como primer capítulo de su *Ética* en 1937, es fundamental para comprender su enfoque filosófico antropológico. Aquí hemos incluido un texto emblemático de dicha obra, que sirve de colofón al estudio sobre climas culturas y religiones.

Para Watsuji, la toma de conciencia de la propia existencia es histórica y paisajística: «Cuando el ser humano cobra conciencia de las raíces profundas de su propia existencia y la expresa objetivamente, el modo de esa expresión no está condicionado solamente por la historia, sino también por el clima». Acentúa la implicación mutua del condicionamiento espacio-temporal y el modo humano de trascenderlo. «El país de clima de dehesa es en algún sentido paradisíaco, pero no podemos modificar nuestro clima para que se le parezca. Pero podemos apropiarnos aspectos característicos de aquella circunstancia. Al hacerlo así, nuestro carácter, determinado por el clima de los tifones, se abrirá a nuevas perspectivas».

El fenómeno del clima muestra de un modo concreto la vinculación del ser humano con el paisaje: «El doble fenómeno de las grandes nevadas y las lluvias torrenciales muestra la peculiaridad del Japón entre las tierras monzónicas. Es la de una doble naturaleza, fría y tropical al mismo tiempo». Estas características de la vida humana abarcan desde los aspectos más cotidianos hasta los más profundos: «Los mejores artistas captan ese camino en sus vivencias y tratan de expresarlo en el arte. Como los monjes del zen, manifiestan con su expresión poética del paisaje su espíritu liberado».

En las páginas que traducimos como complemento de esta obra, analiza Watsuji el sentido de la ética como antropología. Comienza reflexionando acerca de la palabra *ningen* (pronúnciese en castellano «nin-guen»). Es el equivalente japonés de «ser humano», en el sentido que incluye al varón y la mujer, es decir, perteneciente a la especie humana. Esta palabra se compone de dos caracteres: *nin*, que significa «ser humano», y *gen*, que significa «espacio intermedio» o «relación». Watsuji toma esta etimología como punto de partida para resaltar la inseparabilidad de lo individual y lo social, de cuerpo y alma, de persona y mundo. *Ningen*, en japonés,

sería el compendio de lo humano en el sentido más integral de la palabra. Añadiendo el ideograma *gaku*, que significa «aprender», se obtiene la palabra *ningengaku*, o «aprendizaje de lo humano». Esta palabra es la que se usa en japonés para designar la antropología filosófica, reservándose para la antropología socio-cultural el término *jinruigaku*, que significa «estudio de la especie humana».

Watsuji concibe la pregunta por el significado de lo humano como punto de partida de toda reflexión ética. El análisis de la estructura básica de la existencia humana precede a la fundamentación de la ética. Además, este enfoque antropológico asegura el carácter notablemente comunitario y relacional de una ética en la que es fundamental la interacción entre individualidad y totalidad. Partiendo de la inserción espacial y temporal del ser humano en el mundo, se desarrolla esta reflexión ética en distintos niveles de relación, desde la familia y el grupo de pertenencia hasta la comunidad política. Los valores de sinceridad y confianza mutua atraviesan todo el conjunto de esta reflexión. Somos originariamente *aida*, es decir, interrelación e intersubjetividad. Por eso, la ética es esencialmente antropología, en el sentido de «aprendizaje de lo humano» para humanizarse.

Watsuji planteaba también la pregunta por la identidad en un triple sentido: «¿quién soy yo?», «¿qué es el Japón?», «¿qué es el ser humano?». Al aspirar a una complementariedad de culturas, que superase la tensión entre tradición y modernidad, tropezaba con el etnocentrismo occidental: «Los europeos se interesan de un modo exótico por lo no europeo, pero a la vez que parecen suspirar por lo no europeo, continúan sintiendo en el fondo de su corazón a Europa como el centro del mundo».

Comentando estos temas unas décadas después, Y. Yuasa, discípulo de Watsuji y buen conocedor tanto de la tradición japonesa como del pensamiento occidental, afirma que los

jóvenes japoneses actuales llevan dentro de sí desde la infancia lo propio y lo extranjero sin poder distinguirlos. Esta problemática sobre la identidad personal, la identidad colectiva y la identidad humana reviste un interés especial en el contexto actual, en que necesitamos más un diálogo de culturas que impida el choque de civilizaciones. Por eso, en el marco del interés por los encuentros interculturales e interreligiosos, nos ha parecido vigente la relevancia de la obra de Watsuji.

Las fechas de redacción de los artículos originales de la obra cuya traducción presentamos se sitúan entre los años 1928 y 1935, dato importante para contextualizar la obra.

Recogiendo una idea capital de Watsuji –la complementariedad de las culturas y la asimilación por cada país de lo recibido del extranjero, unida a la profundización en el espíritu de la propia tradición–, deseáramos que esta traducción contribuya a la comprensión y enriquecimiento mutuos de dos áreas culturales como la ibérica y la japonesa, tan divergentes en muchos aspectos y, por otra parte, tan llamadas a sintonizar y complementarse.

ANTROPOLOGÍA DEL PAISAJE

PRÓLOGO DEL AUTOR A LA PRIMERA EDICIÓN

El objeto de esta obra es resaltar la importancia de la ambientalidad –clima y paisaje– como elemento estructural de la existencia humana. No se trata solamente del influjo del medio ambiente en el ser humano, porque lo que se entiende habitualmente por medio ambiente es algo derivado, que tiene su fundamento en lo que aquí llamo ambientalidad climático-paisajística como característica de la vida humana.

Cuando hablamos de relación entre el medio ambiente y la vida humana, ésta se encuentra ya objetivada. Dicha reflexión parece pensar la relación entre dos objetos, en vez de ocuparse de la existencia humana en su carácter de subjetividad, que es lo que aquí me interesa.

A lo largo de esta obra se aludirá a menudo al problema de las formas que revisten clima y paisaje, pero no como mero entorno físico, sino como expresión existencial del sujeto humano. Quisiera dejar bien claro, ante todo, este punto, que podría prestarse a malentendidos.

Fue en Berlín, a comienzos del verano de 1927, cuando empecé a pensar en el problema de la ambientalidad por primera vez. Acababa de leer *Ser y tiempo*, de Heidegger. El intento de comprender la estructura de la existencia humana como temporalidad cautivó mi interés. Sin embargo, me dejó planteado un problema. La temporalidad, como estructura existencial del sujeto, no podía estar descrita más vivamente. Pero, ¿por qué no hacer lo propio con la espacialidad, que es igualmente una estructura radical de la existencia? No

quiero decir con esto, ni mucho menos, que en Heidegger no aparezca la espacialidad. Al contrario, en sus observaciones sobre el espacio concreto en la existencia humana, parece revivir lo que los románticos alemanes decían sobre la naturaleza viva. Con todo, la espacialidad quedaba un tanto velada frente al luminoso énfasis en la temporalidad, de modo que, en ese punto, me pareció ver una limitación de la obra de Heidegger: la temporalidad desvinculada de la espacialidad no puede llamarse estrictamente temporalidad. Si Heidegger no pasó de ahí, se debió a que su *dasein* fue siempre individual. En su análisis, la existencia humana es tratada meramente como la del ser humano individual, lo cual no es sino un aspecto abstracto, si se tiene en cuenta la estructura dual de la vida humana, a la vez individual y social. Es precisamente esta consideración de la existencia humana en su dualidad concreta la que nos revela una temporalidad inseparable de la espacialidad. Así se manifiesta en su verdadera faz la historicidad, no suficientemente concreta en la obra de Heidegger. Es entonces cuando la historicidad se muestra claramente como inseparable de la ambientalidad.

La relevancia que adquirió esta dimensión se debió quizá a que, al dedicarme a analizar pormenorizadamente la temporalidad, bullían en mi interior las impresiones de diversos climas y paisajes, recogidas a lo largo de mi viaje de Japón a Europa y en mis viajes por el continente.

También es cierto, a la inversa, que, al haberseme presentado el problema de la temporalidad y la espacialidad, me vi obligado a dar vueltas en mi imaginación a las impresiones recibidas de climas y paisajes variados, con lo que me predispuise a prestarles más atención en lo sucesivo. Se puede decir, por tanto, que fue el problema de la temporalidad e historicidad el que me hizo cobrar conciencia del clima y paisaje como ambientalidad constitutiva de la vida humana. De no haber sido por la mediación de aquel problema, no habría aflorado a la

superficie este último y las reflexiones sobre climas y paisajes habrían quedado reducidas a meras impresiones de viajero. Pero el hecho mismo de dicha mediación es, a su vez, una prueba de cuanto tienen de inseparables historicidad y ambientalidad existenciales.

En gran parte, la presente obra se basa en los apuntes de preparación de clases de septiembre de 1928 a febrero de 1929. Di estas clases poco después de mi regreso del extranjero. Sin tiempo suficiente para investigar a fondo el problema de la espacio-temporalidad existencial, me limité a tomar como materia el tema del clima y paisaje. Este libro se ha publicado en su mayor parte por capítulos sueltos, redactando de nuevo, según las exigencias del momento, los respectivos pasajes tomados de mis notas originales. No estoy del todo satisfecho pero, como estas reflexiones surgieron hilvanadas en torno a un tema único, me decido a publicarlas tal como están, agradeciendo de antemano las críticas de mis colegas.

Agosto, 1935